

EL POLONIO Y OTRAS MANERAS DE MATAR

Así asesinan los servicios secretos

POLONIO 210, DESDE RUSIA CON AMOR

En una fría mañana de diciembre, cinco vehículos negros circulaban a toda

velocidad por el centro de Moscú en dirección al cuartel general del Servicio Federal de Seguridad (*Federal'naya Sluzhba Bezopasnosti*, FSB), situado en la antigua sede del temible KGB, en la plaza Lubyanka. Aquella mañana, Nikolai Platonovich Patrushev, director del FSB había convocado a sus altos mandos para decidir una operación encubierta que debería llevarse a cabo en Gran Bretaña y que incluiría la 'liquidación' del ex coronel del Departamento 7 del FSB, Alexander Litvinenko.

A las siete de la mañana, los cinco vehículos fueron traspasando los controles de seguridad en dirección al edificio principal. Aquella mole, conocida aún como la 'Lubyanka' o 'el Centro', no había cambiado demasiado desde la época en que el KGB regía la vida y la muerte de millones de soviéticos. Sus largos y fríos pasillos, sus oscuros sótanos, sus grises paredes. Todo permanecía igual, incluidos los fríos y húmedos calabozos. Tan sólo había cambiado el nombre del inquilino, aunque sus métodos, continuaban siendo los mismos.

Los recién llegados eran Viktor Pronichev, Sergei Smirnov y Vyacheslav Ushakov, quienes conformaban el Estado Mayor del FSB; Oleg Syromolotov, jefe del Departamento 1 encargado de la contrainteligencia; y Viktor Alexandrovich Klimenko, jefe del Directorio de Operaciones y Objetivos Estratégicos de Contrainteligencia, conocido también como departamento UKROSO. La reunión de 'alto secreto', había sido convocada por el mismísimo Nikolai Patrushev, un estrecho confidente del presidente Vladimir Putin y uno de sus más importantes pilares de poder.

Nacido el 11 de julio de 1951 en Leningrado, se licenció en el Instituto de Ingeniería Naval de la misma ciudad, trabajando como ingeniero en sus astilleros hasta 1974. Tras pasar con éxito el curso de entrenamiento del KGB, fue destinado a la sección de contrainteligencia en el interior de la Unión Soviética. Tras la disolución de la URSS y por consiguiente del KGB, Patrushev consiguió un puesto administrativo en el nuevo Servicio Federal de Seguridad (FSB). Aquello supuso una plataforma para lanzarse hacia la cumbre de poder del espionaje ruso. El 9 de agosto de 1999, el entonces presidente Boris

Yeltsin nombró, mediante un decreto presidencial, a Nikolai Platonovich Patrushev como nuevo director del FSB, sustituyendo en el cargo a una estrella en ascenso llamada, Vladimir Putin. Tras convertirse en nuevo presidente de la Federación Rusa, Putin no sólo lo mantuvo en el cargo sino que lo ascendió a general del Ejército Ruso y le concedió el título de ‘Héroe de la Federación Rusa’.

Aquella mañana, el jefe de espías se sentía intranquilo en el gran salón rojo de conferencias del ‘Centro’ mientras esperaba a sus cinco interlocutores. Los primeros en entrar serían sus subdirectores Pronichev, Smirnov y Ushakov. Minutos después se incorporaban a la particular reunión Syromolotov y Klimenko. Los seis hombres se saludaron ceremoniosamente y tomaron asiento alrededor de la amplia mesa. Patrushev tomó la palabra y tras dar un largo discurso sobre la necesidad de mantener los secretos de Rusia dentro de Rusia, levantó una mano y pidió al agente que se encontraba al otro lado del muro que iniciase la proyección. La sala se oscureció y tras unos segundos, apareció en imagen la cara de un hombre de ojos azules y pelo rubio: Alexander Litvinenko.

Nacido en 1962 en la ciudad de Voronezh, a unos trescientos kilómetros al sur de Moscú, Litvinenko se incorporó al ejército en 1980. En menos de veinte años, ascendió de soldado raso a coronel de uno de los directorios más prestigiosos del FSB, el Departamento 7, responsable de la lucha contra el terrorismo y el crimen organizado. Allí comenzó a hacerse un nombre en el mundo del espionaje ruso al dirigir operaciones encubiertas conjuntas entre el FSB y la unidad contra el crimen organizado de la policía moscovita. Durante aquellos años documentos con la categoría de ‘Importancia Especial’, la más alta clasificación de un documento oficial en la Federación Rusa, pasaron por sus manos.

La guerra de Chechenia; los atentados terroristas en Moscú; el asesinato sistemático de opositores al régimen por parte del FSB; las detenciones de científicos acusados sin fundamento de realizar espionaje para países extranjeros; y un sin fin más de asuntos pasaron ante los ojos del coronel Alexander Litvinenko.

Un día de febrero de 1998, el vicejefe del Departamento 7 fue encargado por su entonces jefe, Viktor Kolmogorod, para matar al magnate Boris Berezovski, uno de los nuevos oligarcas hechos a la sombra de Boris Yeltsin, propietario de medios de comunicación en la nueva Rusia y ex secretario adjunto del Consejo de Seguridad de la Federación, responsable de la coordinación de las políticas de seguridad y defensa del país.

La idea era la de envenenar al magnate con alguna sustancia radioactiva o sencillamente volarlo por los aires mediante una bomba colocada estratégicamente en el recorrido entre su residencia y el cuartel general de su grupo empresarial. Incluso se autorizó a Litvinenko para hacer un trato con mafiosos encarcelados. Se les reduciría la condena si eran capaces de llevar a cabo la ejecución del poderoso Berezovski. De esta forma la mano del FSB quedaba escondida.

En lugar de eso, el coronel Litvinenko estableció contacto con Berezovski y le informó de las órdenes recibidas por el FSB para acabar con su vida. En el mes de noviembre del mismo año, organizó una rueda de prensa en Moscú en la que informó abiertamente de las órdenes recibidas por el Servicio Federal de Seguridad para acabar con la vida del magnate.

Al día siguiente fue cesado de todos sus cargos en el FSB y recluido en la temible prisión de Lefortovo acusado de violación del ‘Decreto Presidencial 1203’, llamado también, ‘Lista de Información Considerada Secreto de Estado’.

Llevado a juicio ante un ‘Tribunal Secreto’, Alexander Litvinenko fue declarado inocente, pero nada más ser puesto en libertad sin cargos fue detenido nuevamente por sus ex compañeros del FSB, acusado esta vez de haber colaborado con la guerrilla independentista chechena y de haber traficado con explosivos. Presentado ante el tribunal es declarado inocente por segunda vez y tras ser puesto en libertad, detenido por tercera vez, prohibiéndosele abandonar su lugar de residencia.

El 1 de noviembre de 2000, con ayuda de un amigo estadounidense, Alexander Golfarb, el ya ex espía de 38 años consiguió evitar la estrecha vigilancia de sus antiguos compañeros y huir en el falso fondo de un camión de mudanzas junto a su esposa, Marina y su hijo Anatoli de seis años, a través de Estambul. Una vez allí, toma un avión rumbo a Londres. En el trayecto, Litvinenko no dejaba de vigilar su espalda. Ni siquiera prueba bocado alguno o bebida que sirviesen las azafatas. Tal vez podría estar envenenada. Para intentar calmarse, el ex espía del FSB leyó los periódicos que publicaban la noticia de la preparación en su Rusia natal, del funeral del teniente capitán Dimitri Kolesnikov, el primer marinero identificado de los 118 tripulantes del submarino nuclear ‘Kursk’ que perecieron en el Mar de Barents el 12 de agosto de aquel año.

Nada más llegar a la terminal de Heathrow, Litvinenko pidió a la policía de inmigración, entrevistarse con agentes del MI5, el servicio de seguridad británico. Introducido en una pequeña sala con una mesa y una silla clavados al suelo, Litvinenko fue interrogado durante dos horas y media por los británicos. Minuto a minuto, el ex coronel iba relatando su particular odisea desde sus años en el ejército ruso, su paso por el contraespionaje, sus operaciones en el FSB y su posterior huida hacia Gran Bretaña. Tras la entrevista, o mejor dicho interrogatorio por parte del contraespionaje británico, Litvinenko pidió formalmente asilo político, estatuto que le fue concedido en 2001.

Desde la seguridad de Londres, el ex espía protegido por el magnate Boris Berezovski, que también residía en la capital británica alejado de las garras de Putin desde el año 2000, comenzó una campaña contra el Kremlin. En el año 2001, aparece un libro escrito por el propio Litvinenko, ‘El FSB dinamita Rusia’, en el que acusa en diversos capítulos a sus antiguos jefes de haber organizado en 1999, los atentados contra bloques de viviendas en Moscú y Rostov y que causaron la muerte a más de trescientas personas. Litvinenko

aseguraba haber tenido en su poder el informe del FSB clasificado como de 'Importancia Especial' sobre los atentados.

Según el ex oficial del espionaje ruso, aquellos atentados formaban parte de un plan orquestado por los servicios secretos rusos para ayudar a Putin a alcanzar el máximo poder del país. Tras ser nombrado Primer Ministro por el presidente Yeltsin en agosto de 1999, Putin se apoyó en los servicios secretos, principalmente en el FSB, como pilar básico de su ascenso al poder.

El 4 de septiembre de 1999, cuatro bombas explotaban en varios edificios de apartamentos provocando cientos de víctimas, principalmente mujeres y niños. Dieciocho días después y de forma casual, una patrulla de la policía detenía a tres hombres mientras intentaban plantar una bomba en los sótanos de un complejo de apartamentos en la ciudad de Ryazan. Los tres hombres eran agentes del Departamento 12 de Operaciones Especiales del FSB, pero fueron puestos en libertad sin cargos mientras el director Nikolai Patrushev declaraba que los agentes capturados realizaban un entrenamiento antiterrorista. La responsabilidad de los atentados fue achacada a terroristas chechenos.

Al día siguiente, el 23 de septiembre, Boris Yeltsin recibió una petición unánime de los 24 gobernadores rusos para transferir todos los poderes del Estado al primer ministro Vladimir Putin. El 24, dio comienzo la Segunda Guerra de Chechenia como represalia por los atentados. Esta acción aumentó la popularidad de Putin, ayudándole a ganar las elecciones presidenciales el 26 de marzo de 2000.

Todos aquellos que decidieron investigar los atentados en los edificios de apartamentos murieron de forma sospechosa. El periodista Artyom Borovik, falleció víctima de un sospechoso accidente el 9 de marzo de 2000, cuando el Yak-40 en el que viajaba se estrelló cuando iba a despegar del aeropuerto Sheremetyevo rumbo a Kiev. Un día antes del vuelo, el personal técnico del aeropuerto moscovita fue relevado por personal del Ministerio del Interior, alegando la inspección del avión ante un posible atentado. Posiblemente, y según el ex oficial del espionaje ruso, Alexander Litvinenko, aquellos hombres pertenecían al Departamento 12 de Operaciones Especiales del FSB. A este le seguirían tres miembros de la llamada 'Comisión Kovalev', creada para investigar los mismos atentados.

Sergei Yushenko fue asesinado a tiros en su casa de Moscú el 17 de abril de 2003. Dos días antes había recibido un aviso del oficial de alto rango del FSB, el general Aleksander Mikhailov. El abogado, periodista y escritor Yuri Shchekochikhin, otro miembro de la comisión, moriría el 3 de julio del mismo año, víctima de un envenenamiento por talio. Todos los informes médicos sobre las causas de su enfermedad fueron embargados por el FSB, incluido los informes relativos a su autopsia. Una pequeña muestra de la piel de Shchekochikhin consiguió evadir el férreo control del FSB y ser enviada a Londres. Allí varios médicos forenses establecieron que el trozo de piel analizado contenía "altísimas dosis de talio".

El tercer miembro de la ‘Comisión Kovalev’ en ser ‘neutralizado’ por el FSB, sería el investigador y consejero legal de las víctimas, Mikhail Trepashkin. En la noche del 23 de octubre de 2003, cuando salía de su casa a las afueras de Moscú, fue detenido por tres hombres a punta de pistola, encapuchado e introducido en un vehículo. Durante tres días nada se supo de Trepashkin hasta que apareció ante un ‘Tribunal Secreto’ acusado de revelar secretos de Estado. El investigador fue condenado a varios años de prisión, con la categoría de ‘preso peligroso’ y en permanente estado de ‘incomunicación’ en la prisión de Lefortovo.

El ex oficial del FSB, Alexander Litvinenko aseguró que Mikhail Trepashkin había conseguido contar lo que sabía sobre la famosa crisis del ‘Teatro Dubrovka de Moscú’ antes de ser detenido. La crisis estalló el 23 de octubre de 2002, cuando un comando armado checheno asaltó el teatro, tomando como rehenes a los actores y al público que se encontraban en la sala. El 26 de octubre, la OSNAZ, fuerzas especiales del Servicio Federal de Seguridad (FSB) asaltó el teatro acabando con la vida de los 42 miembros del comando y con la de 129 rehenes, la mayor parte de ellos víctimas del gas paralizante que arrojaron los comandos del FSB antes del asalto.

Mikhail Trepashkin reveló que dos de los terroristas chechenos que participaron en la crisis del teatro, Abdul ‘el sanguinario’ y Abu Bakar, trabajaban para el Departamento 7 del FSB como informadores y que el Servicio Federal de Seguridad los había manipulado para que llevaran a cabo el asalto. Sin duda estaba en lo cierto. Litvinenko reconocería que ambos supuestos terroristas chechenos habían sido utilizados en su época en el Departamento 7 como informadores en la zona sur de Chechenia.

Los seis poderosos jefes del FSB reunidos en el ‘Centro’, fueron unánimes en su decisión. Alexander Litvinenko, ex coronel de la inteligencia rusa, se había convertido, desde su seguro refugio londinenses, en alguien molesto para la imagen de la Federación y del presidente Putin y por lo tanto era mejor que desapareciese, de una forma u otra. El departamento de Viktor Klimenko, el UKROSO sería el responsable de la operación. Una vez tomada la decisión, los cinco hombres se levantaron de la mesa estrecharon la mano del director Patrushev y desaparecieron. La ‘luz verde’ para la operación había sido dada en ese mismo momento. La suerte de Alexander Litvinenko estaba echada y ya era cuestión de tiempo el que el largo brazo del FSB le alcanzase.

En Londres la vida de Litvinenko y su familia transcurría de forma más o menos corriente, como la de cualquier otra familia británica. Su hijo Anatoli, había conseguido hacerse fácilmente con el idioma y asistía a una escuela en Muswell Hill, el mismo barrio en donde Berezovski le había regalado una casa a Litvinenko. Su esposa Marina, asistía de vez en cuando a una iglesia ortodoxa cercana y regresaba al hogar a esperar a su esposo e hijo. El ex coronel, siempre vigilado por agentes del MI5, no tenía una ocupación fija, aunque él mismo se hubiese marcado una especie de rutina.

Solía correr por un parque cercano, aproximadamente una hora; regresaba a su casa para ducharse y vestirse; y salía hacia el centro de la ciudad en donde

Boris Berezovski tenía sus oficinas. Allí solía acudir para leer informes sobre Rusia llegados desde diferentes fuentes, leer los periódicos rusos y navegar por Internet.

Sobre el mediodía acudía a un restaurante cercano a comerse un sándwich o se reunía con otros exiliados rusos, muchos de ellos escritores, periodistas, científicos o ex miembros de los servicios de inteligencia.

El reciente asesinato de la periodista de ‘*Novaya Gazeta*’, Anna Politkovskaya, asesinada a tiros en el ascensor de su casa de Moscú, el 7 de octubre de 2006, era el tema principal de conversación. Muchos de los exiliados reunidos ahora en Londres habían tenido relación en algún momento con la periodista.

Politkovskaya se había convertido en una ‘pluma’ molesta para el poder del Kremlin, tras denunciar en sus columnas, semana a semana, los trapos sucios del FSB; de su director Nikolai Patrushev; de la corte de Vladimir Putin; o de los nuevos oligarcas que se movían como peces en el agua en los pasillos del Kremlin.

Mientras regresaba en metro a su casa, Alexander Litvinenko decidió que investigaría la muerte de la periodista y que descubriría como el mismísimo Putin había ordenado su ‘liquidación’ para acallar sus denuncias. Esa misma noche, el antiguo espía decidió hablar por teléfono con Berezovski para informarle de sus intenciones. El magnate apoyó su decisión no sin antes advertirle que aquello podría ser peligroso para él o para su familia, pero Litvinenko estaba decidido a seguir adelante.

Durante las semanas siguientes, sus pesquisas le llevaron a entrevistarse con nuevos exiliados que habían llegado desde Rusia huyendo de los hombres del Servicio Federal de Seguridad. Uno de los encuentros lo tuvo con un misterioso exiliado llamado ‘Yevgeny’, quien le entregó un gran número de pistas sobre la identidad de los supuestos asesinos de la periodista.

Este contacto aseguró a Litvinenko, que le presentaría a dos hombres que podrían darle mayores pistas sobre el asesinato de Anna Politkovskaya. El día de la cita sería el miércoles 1 de noviembre. Yevgeny dijo a Alexander Litvinenko que le llamaría el martes 31 de octubre en la noche para informarle del lugar y la hora del encuentro.

Aquel frío día, el ex coronel de 43 años salió a correr como hacía cada mañana desde que llegó a Londres hacía seis años, aunque no sabía que esta vez iba a ser la última. Tras darse una ducha fría, se vistió, se despidió de su esposa Marina y salió hacia la estación de metro cercana. Su cita era con un ciudadano italiano llamado Mario Scaramella, un académico italiano, nacido en Nápoles y criado en Rusia. Según fuentes rusas el italiano era un asiduo visitante del cuartel general del FSB y un estrecho ‘colaborador’ de Viktor Komogorov, jefe del Directorio 5, responsable de Análisis y Planes Estratégicos del Servicio Federal de Seguridad.

Mario Scaramella, quien aseguró que había trabajado para el espionaje italiano y de quien no se sabe ni su fecha de nacimiento, había trabajado como asesor de la Comisión del Parlamento Italiano que investigó las

operaciones del espionaje ruso en Italia y fue enviado por la CIA a Colombia, para investigar las conexiones del narcotráfico con el SVR, el servicio de espionaje exterior de la Federación Rusa.

El lugar del encuentro era el restaurante japonés Itsu Shushi-Bar, en Piccadilly esquina con la elegante New Bond Street, a muy pocos metros del Hotel Ritz.

Litvinenko llegó temprano y se sentó en una pequeña mesa al fondo del local mirando hacia la puerta. Como buen espía que había sido y más en la situación delicada que se encontraba, Alexander Litvinenko jamás daba la espalda a una puerta.

Tras sentarse, la camarera Ela Malek, una jovencita polaca de 22 años se acercó a él y le preguntó que deseaba tomar. “Sólo un vaso de agua” respondió el ex espía. “Estoy esperando a otra persona” agregó Litvinenko.

Minutos después, Mario Scaramella entró en el Itsu y se dirigió hacia Litvinenko. Sin levantarse de la mesa, los dos hombres se acercaron para poder hablar en voz baja. Scaramella debía entregar a Litvinenko una lista de objetivos del FSB en Londres. En aquella lista aparecía su nombre, el de Boris Berezovski y el del propio Mario Scaramella.

Cuando la camarera se acercó a ellos, los dos hombres detuvieron su conversación para hacer su pedido. La comida fue preparada en la cocina del local, colocada en una caja de tapa transparente y sellada con una etiqueta.

En un momento y tras probar varias piezas de su shushi, Litvinenko se levantó de la mesa dejando su bandeja abierta y se dirigió hacia la parte trasera del local en donde se encontraban los baños. Justo en ese momento Mario Scaramella pudo extraer de su bolsillo un ‘pulverizador radioactivo’ y rociar con Polonio 210 (Po210) la comida de Alexander Litvinenko.

Esta sustancia radioactiva se utilizaba principalmente en las centrales nucleares y centros de investigación atómica y tan sólo podía manejarse con guantes de plomo y en ambientes controlados. Medio miligramo de este microscópico polvo rojizo, podía ser mortal al ser cincuenta veces más radioactivo que el uranio. Posiblemente el asesino de Litvinenko lo esparció mediante un rociador, aunque sin demasiadas medidas de seguridad debido a que tuvo que hacerlo en un lugar público. El Polonio 210 tenía que haber sido facilitado al asesino por Sergei Kuznetsov, jefe de la División de Investigación Operativa del FSB o por Yuri Dubinsky, jefe del Centro de Investigación Científica del Servicio Federal de Seguridad. La segunda posibilidad que maneja el MI5, es que Alexander Litvinenko pudo ser también envenenado en el Hotel Millenium, segunda etapa de su mortífero recorrido.

El día era soleado, así es que tras abandonar el Itsu Shushi Bar, y despedirse en la calle de Scaramella, Litvinenko se dirigió caminando por New Bond Street hasta Maddox Street. Una cámara de seguridad lo detectó tras girar a la derecha, hacia Grosvenor Square. Allí, en el ‘Pine Bar’ del Hotel Millenium había quedado con su viejo amigo Andréi Lugovoi, antiguo escolta del KGB y con Dimitri Kovtun, un misterioso hombre de negocios que Lugovoi le había

presentado dos semanas antes. Kovtun se alojaba en el hotel de Londres, a donde había llegado la noche anterior en un vuelo procedente de Hamburgo.

En el 'Pine Bar', Litvinenko pidió sólo un té. El ex coronel habló animadamente con Lugovoi y Kovtun y les reveló sus sospechas sobre quienes estaban detrás del asesinato de la periodista Anna Politkovskaya. Para Litvinenko no cabía la menor duda que el cerebro del asesinato de la periodista era Vladimir Putin y la mano ejecutora, Nikolai Platonovich Patrushev, director del FSB. Disculpándose, Litvinenko se levantó y se dirigió hacia el final de la recepción en dirección hacia las cabinas telefónicas con la intención de hacer una llamada. Un teléfono público era más difícil de pinchar, que su teléfono móvil. Justo en ese momento, Andréi Lugovoi o Dimitri Kovtun pudieron sacar el 'pulverizador radioactivo' y mezclar el Polonio 210 con el té.

Tras la reunión, Litvinenko salió del establecimiento y se dirigió caminando hacia las oficinas centrales de la compañía internacional de seguridad, Erinyes, en el 25 de Grosvenor Street. Al llegar, el ex coronel del FSB notó una fuerte sudoración y pidió un vaso de agua a una de las secretarias. "Posiblemente le había caído mal el pescado crudo que comió en el restaurante japonés" pensó Alexander Litvinenko.

Allí envió varios faxes y realizó diversas llamadas telefónicas, dos de ellas a Moscú. La siguiente parada la realizaría en la oficina que el magnate Boris Berezovski tenía en el número 7 de Down Street.

Alexander Litvinenko se sentía cada vez peor y su sudoración era más intensa por momentos. Sufrió dolores de estómago y una fuerte migraña. Pidió varias aspirinas a una de las ayudantes de Berezovski mientras navegaba por Internet, hasta que finalmente decidió regresar a su casa en Muswell Hill. El veneno suministrado a Litvinenko no tenía vuelta atrás. Era como la radicación expulsada tras una explosión de una bomba nuclear. Lenta pero efectiva.

El Polonio 210 que invadía ya su cuerpo podía seguir siendo un 50 por ciento radioactivo incluso cuatro meses y medio después de haber sido activado. Ocho meses después aún seguiría siendo un 25 por ciento radioactivo.

Una hora después, ya en su hogar, Alexander Litvinenko comenzó a sentirse verdaderamente mal por lo que pidió a su esposa Marina que pidiese prestado el coche a un vecino para ir al Barnet General Hospital, en el norte de Londres. En urgencias, fue tratado por envenenamiento alimentario y enviado a casa. El jueves 2 de noviembre, el ex coronel Alexander Litvinenko ya casi no podía mantenerse en pie. Una ambulancia lo trasladaría nuevamente al Barnet General Hospital, en donde los médicos no podían diagnosticar la enfermedad que sufría el ex espía del FSB.

Con el paso de los días su salud era cada vez más precaria. Se le había caído el pelo por completo y las molestias gastrointestinales eran cada vez más frecuentes lo que le impedía alimentarse. El miércoles 15 de noviembre,

catorce días después de su envenenamiento, a Litvinenko comenzó a fallarle el hígado y los riñones. Por fin, el viernes 17, la dirección del Barnet General Hospital decidió su traslado al University College Hospital. Nada más llegar acompañado por su esposa, los médicos realizan varios análisis a Litvinenko. Los resultados demostraban que el ex espía ruso pudo haber sido envenenado con talio, una sustancia utilizada en la fabricación de matarratas.

El Kremlin, a través de su portavoz negó cualquier implicación del gobierno de la Federación Rusa en el posible envenenamiento del ex agente de los servicios de inteligencia pero los medios de comunicación habían comenzado a hacerse eco de las teorías de la conspiración lanzadas por Alexander Litvinenko desde su cama del hospital.

Finalmente el martes 21 de noviembre, el famoso toxicólogo John Henry, anunciaba que Litvinenko había sido envenenado con alguna sustancia radioactiva, posiblemente Polonio 210 (Po210). El jueves 23 de noviembre, sobre las ocho de la tarde, la salud de Alexander Litvinenko está absolutamente quebrada. El Polonio 210 había paralizado su metabolismo y la médula ósea. Una hora y veintiún minutos después, el ex coronel del Servicio Federal de Seguridad, Alexander Valterovich Litvinenko fallece a causa de un fallo multiorgánico. Veintidós días después de haber sido envenenado.

En una carta póstuma abierta por su viuda, Litvinenko acusaba al presidente Vladimir Putin: “Puedes tener éxito en silenciarme, pero el silencio tiene un precio. Te has mostrado tan bárbaro como tus críticos aseguran”. Al mismo tiempo, los médicos forenses del University College Hospital alertaban al MI5 y a la División Especial Antiterrorista de Scotland Yard que habían encontrado una cantidad importante de Polonio 210 en el cadáver del ex agente y que debían tomarse precauciones debido a que podía haber contaminado diversos lugares de la capital británica. Litvinenko pudo contagiar a otros a través de su aliento, sudor e incluso a través de la orina depositada en un baño público. El sábado 25 de noviembre, el Secretario de Interior del gobierno de Tony Blair, John Reid informaba al Parlamento que la Unidad Antiterrorista de Scotland Yard y el MI5 habían descubierto restos de radiactividad en diversos puntos de Londres, incluidos dos aviones de British Airways que realizaban la línea Moscú-Londres, utilizada posiblemente por Mario Scaramella o el ex espía Andréi Lugovoi y la línea Hamburgo-Londres, utilizada por el empresario Dimitri Kovtun.

Esa misma tarde, el Primer Ministro de Gran Bretaña decidió convocar al comité ‘Cobra’ formado por viceministros y los jefes del MI5, Eliza Manningham-Buller; del MI6, John Scarlett; y de la Unidad Antiterrorista de Scotland Yard para decidir el nivel de amenaza del Polonio 210. Durante la reunión, Blair fue informado por Scarlett que el MI6 había pedido su colaboración al BfV, el contraespionaje alemán, al haber detectado que uno de los hombres que se reunió con Alexander Litvinenko en el Hotel Millenium procedía de la ciudad de Hamburgo.

En total doce puntos de Londres aparecían contaminados por radiación del Polonio 210, todos ellos lugares en los que estuvo Litvinenko o alguna de las personas con las que se reunió aquella tarde del 1 de noviembre. El jueves, 7

de diciembre mientras el ex espía del FSB era enterrado en una ceremonia privada en el interior de un ataúd especial para impedir el escape radioactivo, la Fiscalía General de la Federación Rusa anunciaba que habían decidido abrir investigaciones por el asesinato de Litvinenko y el intento de asesinato del empresario ruso, Dimitri Kovtun.

Tanto Kovtun como Andréi Lugovoi, los dos hombres que se reunieron con Litvinenko en la tarde del 1 de noviembre, se encontraban hospitalizados víctimas de radiación directa por Polonio 210.

El 11 de diciembre en la mañana, John Scarlett recibió un informe procedente del BfV en el que se aseguraba que se habían encontrado rastros de radiación por Polonio 210 en un apartamento de Hamburgo, propiedad de la ex esposa de Kovtun. Los agentes del contraespionaje alemán encontraron rastros del Po210, en el sofá en donde durmió el propio Dimitri Kovtun, la noche del lunes 30 de octubre, dos días antes de encontrarse con el ex agente del FSB, Alexander Litvinenko. Kovtun había llegado a la ciudad alemana directamente de Moscú ese mismo día y viajó en un avión Boeing 767 de British Airways a Londres el martes 31 de octubre.

Lo cierto es que fuera quien fuera el asesino o la mano ejecutora, todas las pruebas apuntaban directamente a la moscovita plaza Lubyanka, en donde se levantaba el cuartel general del Servicio Federal de Seguridad y a su máximo dirigente, Nikolai Platonovich Patrushev como verdaderos cerebros de la muerte del ex espía.

Posteriormente los agentes del MI5 y Scotland Yard intentaron descubrir la verdadera identidad de 'Yevgeny', el misterioso exiliado que entregó a Litvinenko informes y pistas sobre los asesinos de la periodista Anna Politkovskaya, pero a éste se lo había tragado la tierra tras la muerte del ex espía. Interrogados varios líderes del exilio ruso en Gran Bretaña, negaron conocer a ningún 'Yevgeny', por lo que los servicios de espionaje británicos creen que realmente era un agente del Directorio de Operaciones y Objetivos Estratégicos de Contrainteligencia, el temible departamento UKROSO del Servicio Federal de Seguridad. Por ahora las hipótesis sobre quien o quienes ordenaron matar a Alexander Litvinenko siguen abiertas, mientras varios de sus protagonistas permanecen en coma víctimas del Polonio 210, como Dimitri Kovtun, o detenidos, como Mario Scaramella.

Los asesinatos selectivos llevados a cabo por el Servicio Federal de Seguridad (FSB) de la Federación Rusa, han continuado hasta el día de hoy y está claro que no terminarán con la 'liquidación' de Alexander Litvinenko. Su largo y 'envenenado' brazo continúa acechando a los enemigos del Kremlin allá donde se escondan. Desde el 'Centro' se sigue vigilando como así lo atestigua los asesinatos de la periodista Nadezhda Chaikova, corresponsal del semanario '*Obshchaya Gazeta*', quien denunció las atrocidades cometidas por las fuerzas rusas en Chechenia y las torturas llevadas a cabo por agentes del FSB contra prisioneros de guerra. El 20 de marzo de 1996, Chaikova fue secuestrada junto a su madre, apaleadas brutalmente y ejecutadas de un tiro en la nuca. Sus

cuerpos fueron encontrados en una fosa común el 11 de abril en las afueras de la ciudad chechena de Gehki.

La periodista Nina Yefimova, corresponsal del periódico ‘*Vozrozhdeniye*’ en Chechenia y asesinada de un disparo en la nuca el 9 de mayo de 1996, tras denunciar las operaciones encubiertas del FSB en la ciudad de Grozny.

La investigadora Galina Starovoitova, asesinada a tiros en su casa de San Petersburgo el 20 de noviembre de 1998. Yuri Kolchin y Vitali Akishin, sus asesinos habían trabajado como sicarios a sueldo, para la inteligencia rusa.

Malika Umazheva, antigua jefa de la administración rusa en la aldea chechena de Alkhan-Kala. Umazheva fue asesinada el 29 de noviembre de 2002, tras denunciar las incursiones ilegales por parte de las unidades especiales del FSB en la región. Ella trabajaba desde hacía años en la ‘Sociedad de Amistad Ruso-Chechena’, un grupo muy perseguido por el Servicio Federal de Seguridad.

El periodista estadounidense de ascendencia rusa, Paul Klebnikov, asesinado a tiros cuando salía de un restaurante de Moscú, el 9 de julio de 2004. Sus dos asesinos, Kazbek Dukuzov y Valid Agayev, rusos de origen checheno, habían estado confinados durante años, en una prisión del FSB y puestos en libertad misteriosamente una semana antes del asesinato de Klebnikov.

La periodista del ‘*Novaya Gazeta*’, Anna Politkovskaya, asesinada a tiros en el ascensor de su casa de Moscú, el 7 de octubre de 2006 tras denunciar en su columna, los trapos sucios del FSB; de su poderoso jefe, Nikolai Platonovich Patrushev; y de la corrupción del poder en manos del presidente Vladimir Putin.

Otros inminentes ciudadanos rusos que han intentado denunciar los abusos del presidente Vladimir Putin y del FSB, han corrido mejor suerte que los anteriores. El investigador Igor Sutyagin; los físicos Valentin Danilov y Yuri Ryzhov; el químico Oleg Korobeinichev; el académico Oskar Kaibyshev; los escritores y periodistas Vladimir Rakhmankov, Andrei Sinyavsky y Yuli Daniel; o los ecologistas Alexander Nikitin, Grigory Pasko, Vladimir Petrenko y Nikolay Shchur han sido condenados a largas penas de prisión sin ninguna prueba acusados de “espionaje, revelar material sensible y de alta secreto y de exportación ilegal de tecnología”.

Otros casos no menos famosos que el del ex coronel Alexander Litvinenko, han sido los de los ex espías del KGB y del FSB, como Viktor Orekhov, antiguo oficial del KGB, detenido por mantener reuniones clandestinas con disidentes al régimen de Putin; o Vladimir Kazantsev, un oficial del FSB que reveló las escuchas ilegales cometidas por el Servicio Federal de Seguridad a empresas extranjeras y legaciones diplomáticas radicadas en Rusia; o Vil Mirzayanov, oficial también del FSB, quien reveló que el espionaje ruso estaba trabajando en el desarrollo de un gas nervioso y en un tipo de drogas para ser utilizadas en interrogatorios; o Viktor Kandrechev, un ex oficial del FSB que denunció en la prensa las ‘tareas especiales’ realizadas por agentes del Servicio Federal de Seguridad y que incluían los secuestros de personas en Tayikistán, Uzbekistán,

Turkmenistán y Azerbaiyán o las tareas realizadas por ‘escuadrones de la muerte’ del FSB en Chechenia.

Y la cuenta continúa...